



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

**SEGUNDA PARTE**

---

**El señor Sauvaire, maese Ganapán**

El patrón de Cadet Cougourdan, el maestro Ganapán ó mozo de cordel Sauvaire, era un hombre vivo, muy moreno, de miembros robustos y vigorosos. Su gran nariz encarnada, sus labios delgados, su cara larga, expresaban la confianza vanidosa, la jactancia astuta, que son rasgos distintivos de ciertos tipos del Mediodía.

Criado en el puerto, obrero durante su juventud, había aborrido, en diez años, parte de lo que ganaba. Levantaba fardos enormes, tenía fuerza muscular sorprendente. Solía decir que no tenía miedo á los hombres más altos y gruesos. Era verdad que aquel enano habría sido capaz de derribar á un gigante. Sin embargo, mostrábase cuerdo y prudente en el empleo de su vigor, evitando pendencias; sabiendo que la tensión de sus músculos valía dinero y que un pufetazo no produce otra cosa que molestias.

Vivía con sobriedad, entregado al trabajo y á la avaricia, presuroso de llegar al objeto que apetecía.

Llegó un día por fin en que fué dueño de los pocos mi-



les de francos necesarios para realizar su proyecto. De la noche á la mañana llegó á ser patrón, tomó bajo sus órdenes á algunos hombres y, con los brazos cruzados, les vió correr y trabajar, sudando la gota gorda. En el fondo, Sauvairé era perezoso; había trabajado por tesón, prefiriendo hacer de una sola vez el trabajo de toda la vida y descansar luego, en las dulzuras del ocio de hombre rico. Ahora que unos pobres diablos ganaban para él, se paseaba, con las manos metidas en los bolsillos, amontonaba dinero, esperando á tener una cantidad bastante para entregarse á sus instintos de vida libre y bulliciosa.

Poco á poco, el avaro obrero se transformó en pródigo enriquecido. Sauvairé tenía ardientes apetitos de riqueza y placeres: quería tener mucho dinero para divertirse mucho, y quería divertirse mucho, para que todos vieran que poseía mucho dinero. Una vanidad de pobre llegado á rico le impulsó á armar mucho ruido alrededor de sus alegrías. Cuando reía, exigía que toda Marsella oyera su carcajada.

Llevaba prendas de paño fino, bajo las cuales siempre adivinábase el cuerpo tieso del antiguo obrero.

Resplandecía encima de su chaleco una ancha cadena de oro, que tenía un dedo de grueso y sostenía unos macizos dijes, que podían matar un buey. En la mano izquierda, llevaba una sortija de oro.

Su calzado era de charol, el sombrero de fieltro blando.

Todo el día iba recorriendo la Cannabiére y el puerto, fumando en una soberbia pipa de espuma, guarnecida de plata. Andando, hacía saltar sus dijes, y miraba á la gente con alegría maliciosa. Gozaba...

Poco á poco Sauvairé había confiado la dirección de su casa á Cadet Cougourdan, cuya vivacidad le agradaba: éste, mozo de veinte años, poseía una inteligencia recta y despierta, que le daba verdadera superioridad sobre los demás ganapanes. Satisfecho quedó el patrón por tener á semejante obrero; nombróle capataz de los hombres que para él trabajaban, y desde entonces pudo entregarse más libremente á sus apetitos vanidosos. Por la mañana hacía sus cuentas y poníase en el bolsillo el dinero ganado.

La soñada y deseada existencia, empezó. Sauvairé hizo admitir en un círculo. Jugó, pero con prudencia, encon-

trando que los goces del juego no valen el dinero que en él se pierde; quería divertirse con su dinero, buscando placeres sólidos y duraderos. Comió en los mejores «restaurants», tuvo queridas, que llevó consigo en público. Muy grande era la satisfacción de su vanidad cuando podía echarse en los almohadones de un carruaje al lado de una amplia falda de seda. Nada era la mujer, el traje de seda era todo. Lo arrastraba en gabinetes particulares, y abría de par en par las ventanas para que los transeúntes pudiesen ver que tenía una cita con una señora bien vestida y que comía manjares muy caros.

Cualquier otro habría bajado las persianas, cerrado la puerta; él quería abrazar á sus queridas en una casa de vidrio, para que la multitud se enterase de que era bastante rico para amar á mujeres bonitas. Entendía el amor á su manera.

Hacía un mes que vivía soñando felizmente.

Había trabado conocimiento con una joven, que lisonjaba su amor propio. Era la querida de un conde, y la citaban como una reina entre las cortesanas de alto coquete.

Llamábase Teresa-Armanda, pero la llamaban habitualmente Armanda, á secas.

Cuando por primera vez puso su manecita enguantada en la robusta mano de Sauvairé, el patrón estuvo á punto de desmayarse de alegría.

Aquel apretón cambiábase en las avenidas del Meilhan, delante de la puerta de la morada de Armanda, y los transeúntes se volvían para mirar á aquel hombre y á aquella joven, que se dirigían sonrisas haciendo cortesías.

Sauvairé se fué, hinchado de orgullo, entusiasmado por la elegancia y los finos modales de Armanda.

Ya no tuvo más que un pensamiento: tener por querida á aquella mujer; suplantarla á un conde, llevar del brazo encajes y terciopelos.

Acechó á Armanda, se puso á su paso. Enamorábase de los lujosos trapos que llevaba y de los perfumes que se desprendían de aquellas prendas. Enorgullecíase cuando ella le saludaba como á un amigo, y le habría agradado pasar por uno de sus amantes.

Una noche subió á su casa y no salió hasta el día



siguiente. Creyó que era una victoria conseguida por sus atractivos. Durante ocho días su vanidad llegó á ser inaguantable, miraba á los transeúntes con aire de lástima burlona.

Si llevaba á Armanda del brazo, por la acera, no le parecía la calle bastante ancha. El balanceo, el crujido de las faldas de su querida, le sumergían en éxtasis.

Era extraordinariamente aficionado á los miriñaques, que ocupan mucho sitio y molestan á los transeúntes.

A todos contaba su aventura. Cadet fué uno de sus primeros confidentes.

—¡Si supieses!—le dijo.—¡Qué encantadora es y cuánto me ama!... En su casa hay de todo, alfombras, cortinas, espejos. Parece vivir en la alta sociedad... Y con eso y todo, nada de orgullo, una buena muchacha... He almorzado en su saloncito; luego hemos tomado un coche abierto y hemos ido al Prado. Con aquella mujer hay que morir de pura satisfacción; todos nos miraban.

Cadet sonreía. Soñaba con el amor de una moza robusta, y Armanda le parecía una muñeca mecánica, un fragil juguete, que se habría roto entre sus manos. Pero no quería contradecir á su patrón, y ponía por las nubes las gracias de las cortesanas. Por la noche refería á Josefina las locuras de Sauvaire.

Volvió la ramilletera á ocupar su puesto en el kiosco del boulevard de San Luis. Vendía sus flores, acechando las ocasiones de ayudar á Mario.

No perdía de vista el préstamo de 15,000 francos, y cada día forjaba un nuevo plan.

—¿Crees tú,—dijo un día á su hermano,—que el señor Sauvaire sería capaz de prestar dinero?

—Según,—respondió.—Daría mil francos á un pobre diablo en la plaza pública, habiendo mucha gente, para ostentar su buen corazón.

Echóse á reír la ramilletera.

—No se trata de limosna,—dijo.—Sería preciso además que la mano izquierda del prestamista ignorase lo que hiciese la derecha.

—¡Diablo! muy difícil lo veo. Pero, habría que ver...

Josefina concibió un proyecto. Creía á Sauvaire muy compasivo y no le parecía mal hombre. Tal vez, valiéndose

de la influencia de Armanda, fuera posible arreglar algo.

Lo primero era decidir á Mario para que fuera á ver á la cortesana. Por cierto que rehusaría con decir que nada podía haber de común entre él y la tal mujer.

Un día, como sin pensar, pronunció el nombre de Armanda, y quedó asombrada al ver á Mario sonreír como si la conociese.

—¿Conocéis á esa señora?—preguntó.

—Una vez fuí á su casa,—respondió.—Felipe me llevó consigo. Esa señora, como decís, recibía una vez cada semana, y mi hermano acudía á menudo á sus reuniones... Por cierto que fuí muy bien recibido, y en ella reconocí á una verdadera ama de su casa, distinguida y elegante. Parece ser que algo cambió en su casa de un año á esta parte. Dicen que está en apuros de dinero. Además, tiene fama de ser astuta, intrigante; si tropieza con algún imbécil, saldrá adelante.

—Ya lo ha encontrado. ¿Conocéis á Sauvaire, al patrón de Cadet?

—Algo. Un día le encontré en el puerto calzando chinelas.

—¡Bueno! Es el amante de Armanda hace algunos meses. Dicen que ha gastado bastante dinero con ella. ¿Por qué no volvéis á casa de Armanda? Encontrarías allí gente rica, que pudiera ayudaros en el asunto que sabéis... El señor Sauvaire tal vez estaría dispuesto á prestaros un servicio.

Mario se puso grave y guardó un instante de silencio. Consultaba consigo mismo.

—Razón tenéis,—dijo por fin;—no debo retroceder ante ninguna tentativa... Mañana iré á ver á esa mujer. Explicaré mi visita, hablándola de mi hermano.

La ramilletera miraba fijamente al joven.

—Sobre todo,—dijo con risa forzada,—no os quedéis á los pies de esa encantadora. Muchas veces oí hablar de sus elegantes y ricos trajes, de su gracia, del extraño poder que tiene sobre los hombres.

Mario, sorprendido por la emoción de su amiga, la tomó la mano y la miró con ojos penetrantes.

—¿Qué tenéis?—preguntó.—Diríase que soy un pecador



que va á ver al diablo... ¡Pobre Josefina! muy lejos estoy de pensar en tales tonterías; tengo una sagrada tarea que cumplir... Y luego, miradme bien; ¿qué mujer buscaría á un mono como yo?

Miróle la joven, y no le encontró tan feo; lo que la sorprendió. Parecíale que una nueva luz iluminase y transformase su rostro. El joven le estrechó amistosamente la mano, y ella quedó muy turbada.

La noche siguiente, como lo había resuelto, Mario se presentó en casa de Armanda.

## II

## Una cortesana marsellesa

Armanda tenía un origen muy misterioso: pretendía haber nacido en las Indias, de una mujer indígena y un oficial inglés. Era este el punto de partida de una novela, que contaba al que quería escucharla, novela cuya heroína era ella misma. Atribuía su primera falta á un rico protector, que la había tomado en su casa, al morir su padre, y que la había criado con delicadeza para hacer luego de ella su querida, como suele engordarse un ave para encontrarla más tierna. Complaciase en este cuento erótico y novelesco.

Debido á sus mentiras, nunca fué conocida su verdadera historia. Un día había caído sobre Marsella, como uno de esos pajarracos que huelen desde lejos un país rico en presas de toda clase.

Estableciéndose en una ciudad industrial, dió prueba de rara inteligencia. Tan pronto como llegó, sus ataques se dirigieron al comercio, á esos mercaderes jóvenes, que manejan el oro á paletadas.

Comprendió que aquellos muchachos, metidos todo el día en un despacho, desean con ansia divertirse por la noche y derrochar parte del oro que han ganado.

Tendió sus lazos con arte. Amuebló una casa en grande y le dió cierta apariencia aristocrática. Fácil fué para ella vencer á las rivales que encontró instaladas en la ciudad.



Aquellas pobres muchachas decadidas, eran absolutamente ignorantes; no sabían vestir, apenas sabían hablar, desplegaban un lujo mezquino é innoble, entregándose tontamente. Armanda las aplastó con su elegancia, con su lenguaje fino y espiritual, adquirido rozándose con personas bien criadas. En pocos meses llegó á ser una especie de celebridad mundana.

En su casa, como decía Sauvairé, dábase aires de duquesa. Un gusto exquisito había presidido al ajuar de aquella morada.

Abrió su salón, atrajo á los jóvenes ricos por el ruido que producía en su derredor y les retuvo por su amabilidad y la nobleza de sus modales. Apenas transparentábase la mujer entretenida bajo la dueña de su casa. Tenía queridos, hasta los enseñaba de buen grado: pero en público, en sus veladas, guardaba una decencia, que estimábase en mucho. Era el tipo del vicio elegante, perfumado, espiritual.

Rodeóse poco á poco de todos los vividores de la ciudad. No recibía más que á personas ricas, ganando mucho y gastando más aun.

Las personas cuerdas la miraban como á una verdadera plaga, un abismo sin fondo donde desaparecían los capitales de los jóvenes comerciantes marseleses. Las mujeres entretenidas; sus rivales, se ensañaban con ella, la acusaban de intrigas vergonzosas; ridiculizaban su rostro delgado, sus precoces arrugas; decían que era fea, lo cual era casi verdad, y declaraban que no entendían el fanatismo que ciertos hombres imbéciles tenían por aquella criatura. Armanda las dejaba hablar y reinaba tranquilamente.

Durante varios años las dominó por su talento, su lujo, y su ciencia de mujer elegante y refinada.

A su casa iban de frac y corbata blanca.

Después, sin causa aparente, bajó su crédito. Llegaron los apuros y produjeron huecos en su lujo. Debía haber pasado la moda, faltaban los amantes rumbosos. Cayó en los terrores de la miseria que viste seda y anda sobre alfombras.

Como sentía que iba á caer en el arroyo si no hacía esfuerzos para conservar su tren de gran señora, luchó desesperadamente contra la mala suerte. Comprendía que su prestigio era debido únicamente á su aparente riqueza, á

sus trajes, al dinero, que la permitía representar holgadamente el papel de duquesa fuera de su clase. El día en que faltase la seda y cerrase su salón, llegaría á ser una infeliz muchacha, fea, marchita, de quien nadie se ocuparía. Desplegó pues una febril energía para encontrar amantes, para proporcionarse dinero por cualquier medio.

En aquella época conoció á la señora Mercier, la cual le adelantó algunos fondos á un interés exorbitante. Como había engañado á tantos jóvenes imbéciles dejóse engañar también sin quejarse mucho. Esperaba hacer pagar capital é intereses al primer hombre rico del cual fuese querida. Ricos no se presentaron: su zozobra creció de punto.

Armanda, impelida por la necesidad, sintiendo que su belleza, único recurso para ella, se desvanecía al par de su lujo, llegó al delito. Para calmar las exigencias de sus acreedores, ya había debido vender espejos, otros muebles, porcelanas; iba vaciándose su casa, se desnudaban las paredes, y ella pensaba con espanto en el día en que iba á encontrarse, cansada y vieja, entre cuatro paredes, sin mueble alguno. Los tapiceros, las modistas, todos los proveedores á los cuales debía, se ponían más insistentes oliendo la próxima ruina de su cliente; sabían que escaseaban los amantes, exigían el inmediato reembolso de sus créditos. Algunos hablaron de embargo. Armanda comprendió que estaba perdida si no acuñaba moneda desde luego, de cualquier modo.

Acudió á un medio extremo. Imitó la letra de tres ó cuatro amantes que tenía, y suscribió á la orden de sí misma unas letras, que firmó con los nombres de aquellas personas. Luego, no atreviéndose á presentarse á un banquero se dirigió á la señora Mercier, que consintió en descontar varias de aquellas letras. Es creíble que no ignorase la fiadora el origen de tales documentos y hasta que especulara sobre él. Teniendo á la joven en sus garras, pudiendo á todas horas lanzar una queja al procurador del rey, contando además con los supuestos suscritores, los cuales habrían tenido interés en evitar un escándalo, consideraba las falsificaciones que tenía en sus manos como garantías, preferibles á letras legítimas. Fundaba un capital en complacencias, exigiendo enormes intereses, embrollando más y más los negocios de la cortesana, representando un papel de amiga.

Durante dos años, Armanda fué viviendo bien ó mal, sin



inquietudes. Había puesto á su domicilio las letras pagaderas y, á cada vencimiento, de cualquier modo formaba la cantidad, sacando cien francos al primer hombre que encontraba, vendiendo algo, tomando prestado, haciendo nuevas letras falsas. La Mercier seguía mostrándose humilde y servicial; quería tener la presa estrechamente agarrada, antes de enseñar los dientes y morder.

Llegó el instante en que Armanda de ninguna manera pudo reembolsar las letras. En vano echábase al arroyo. Iba al Castillo de las Flores, como una ramera; ya no llegaba á ganar la cantidad precisa para sostener su casa. Entonces fué cuando conoció á Sauvaire. Por él soltó á un conde, que había arruinado, creyendo que el mozo de cordel sería rico y generoso. En otros tiempos, cuando era la reina de Marsella y ostentaba insolentemente su terciopelo y sus encajes, habría mirado á Sauvaire de arriba abajo. Ahora no desdenaba ninguna presa; atacaba á la multitud, y habría de buena gana tomado dinero aun de las más sucias manos.

El antiguo obrero creyó ternura lo que era necesidad. Al cabo de algunos meses tuvo que reconocer con terror que su nuevo amante tenía la prudente economía de los enriquecidos y que, como egoísta, á sí mismo aplicaba todo el dinero que gastaba. Dos ó tres letras falsas no fueron pagadas, y la señora Mercier empezó á enojarse.

Así estaban las cosas cuando Mario fué á casa de la cortesana. Creía encontrar aún en el salón una parte de la rica y numerosa sociedad, á la cual su hermano le había presentado. Pensaba vagamente en intimar con algún joven comerciante que le ayudase; algún tanto contaba con Sauvaire, cuya cortesía había voluntariamente exagerado Josefina.

Muy asombrado quedó encontrando la sala vacía. Una sola lámpara iluminaba aquella amplia habitación, que le pareció muy desnuda. Sauvaire estaba medio acostado en un diván, ocupado en desabrocharse el chaleco.

En la mano tenía un mondadientes. Sentada á su lado, Armanda leía «Graziella», apoyando su frente pensativa en la mano izquierda. Una perrita, que ella llamaba Djali, acostada á sus pies, apoyaba la cabeza en las chinelas de terciopelo de su ama.

Uno de los medios de seducción empleados por Arman-

da en leer á sus apasionados las obras de los grandes poetas modernos. Tenía una pequeña biblioteca, en que se encontraban las obras de Chateaubriand, de Víctor Hugo, de Lamartine, de Musset.

De noche, á la pálida claridad de la lámpara, momentos en que aun era hermosa, leía lánguidamente páginas de versos ó prosa poética. Esto rodeaba con una aureola su cabeza. Los amantes creían habérselas con una muchacha ignorante, y se encontraban con una señora instruída, casi una literata, la cual leía unos libros, que ellos mismos nunca había tenido ni tiempo ni valor de hojear siquiera. Sauvaire sobre todo se sintió anonadado, dominado, el día en que su querida tomó una colección de versos, y púsose á hojearla tranquilamente en su presencia. Apenas el obrero, de vez en cuando pasaba la vista por un periódico. Una mujer que leía poesías le pareció un sér superior. Siempre que Armanda leía en alta voz, se recogía mostrándose grave y embelesado. Parecíale que él mismo se elevaba.

Mario sonrió levemente al ver la actitud sentimental de Armanda, que fingía extasiarse, y la postura de Sauvaire.

La cortesana acogió á Mario con gracia risueña. Con Felipe había tenido relaciones más ó menos íntimas, y trataba á Mario como á un antiguo conocido.

Le invitó á tomar asiento y le reconvino con amabilidad por escasear tanto sus visitas.

—Sé,—añadió,—que habéis tenido muchos disgustos en estos últimos tiempos. ¡Pobre Felipe! ¡A veces me lo figuro, encerrado en un húmedo calabozo, él, tan aficionado al lujo y á los placeres! Aprenderá á colocar mejor su ternura.

Sauvaire se había incorporado. Tenía la buena cualidad de no ser celoso; al contrario, envanecía por los amantes que había tenido su querida, y los antiguos amores de Armanda doblaban para él el valor de su conquista.

Además, Mario parecióle tan insignificante, que gozábale comparando su robusta postura con la de aquel hombre pequeño y delgado.

La joven presentó uno á otro.

—Nos conocemos,—dijo el maestro ganapán con risa de hombre feliz.—Conozco también al señor Felipe Cayol. ¡Qué mozo aquél!



Complacíase Sauvaire en que le encontraran al lado de Armanda. Empezó á tutearla, haciendo alusiones á los placeres de que juntos disfrutaban. Después continuó hablando de Felipe, dirigiéndose á su querida:

—Venía á verte á menudo, ¿no es cierto? No digas que no: os habéis amado... A veces le encontraba en el Castillo de las Flores... ayer estuvimos allí. ¡Cuánta gente, qué trajes más bonitos!

Luego dijo á Mario:

—Por la noche hemos cenado en el «restaurant»... muy caro es. No todos pueden hacer tales gastos.

Armanda parecía padecer: conservaba aún ciertas delicadezas. Miraba á Mario encogiéndose levemente de hombros lanzándole miradas de inteligencia. Sauvaire nada notaba.

Mario adivinó entonces los apuros y los tormentos de la cortesana. Casi le tuvo lástima considerando aquella sala decierta, comprendiendo por qué espantosa pendiente estaba rodando aquella mujer, que había conocido descuidada y feliz. Sintió haber subido á verla.

Hacia las diez, quedó solo con Sauvaire, el cual púsose á contarle su suerte y la alegre vida que llevaba. Una criada había venido á decir en voz baja á Armanda que la señora Mercier estaba en la antecámara y parecía muy encolerizada.

### III

#### En que la señora Mercier enseña las uñas

La señora Mercier era una viejecita de cincuenta años, regordeta, quejándose sin cesar de los malos tiempos que corrían.

Llevaba un vestido de indiana desteñida, colgando del brazo un capacho de paja, que le servía de caja, y andaba á pasos menuditos, con aires solapados de gata. Hacíase humilde y miserable, fingía gran tristeza para inspirar lástima á la gente. Su cara frescota, donde las arrugas parecían dobleces de grasa, protestaba contra las lágrimas que aquella mujer á cada paso derramaba.

La fiadora representó admirablemente su papel con Armanda. Primero se hizo la bonachona: apoderóse de ella con arte infernal, mostrándose por turno servicial y egoísta, embrollando las cuentas, dejando crecer los intereses, colocando á su deudora en la imposibilidad de sacar nada en limpio. Así, llegando el vencimiento de una letra, y Armanda no teniendo fondos, desesperábase la señora Mercier, luego prometía pedir prestado el dinero, pues declaraba que ella no tenía la cantidad necesaria. Adelantaba el dinero, hacíasele reembolsar inmediatamente por la cortesana, que por consiguiente tenía que pagar otro interés. En estas idas y venidas de letras, en el continuo aumento de intereses, ya ignoraba Armanda á cuanto subía su ~~venta~~, lo que tenía pagado y lo que debía. Aumentaba la



deuda, sin que la usurera hiciese nuevos préstamos, y cuanto más vieja era la deuda más crecida era. La joven sentíase perdida en un caos.

—Nunca hubo una acreedora como yo,—decía la señora Mercier;—pido prestado el dinero para vos.

—Pero no: para vos lo pedís, puesto que os lo doy,—replícala la deudora.

—Nada de eso: lo hago para prestaros un servicio.

Otra clase de explotación había inventado la usurera. Llegaba á casa de Armanda llorando, decía que no tenía para comer, pedía azúcar, café, aguardiente.

Todo se lo daba Armanda, no atreviéndose á rehusárselo. Si declaraba que no tenía dinero, la vieja respondía:

—¡Bueno! presentaré á vuestro amante la letra, que me habéis remitido...

Armanda, ni concluir la dejaba. Enviaba á vender alguna cosa, y compraba lo que pedía la fiadora.

El dinero que había prestado ya, le producía 250 por 100: si el capital estaba comprometido, los intereses subían dos ó tres veces la cantidad. Comprendió la vieja que debía mudar de táctica: quedábale arriesgar el todo por el todo, exigiendo á la cortesana el pago inmediato.

Nunca había mostrado abrigar sospechas acerca de las letras falsas. Resolvió ir á casa de Armanda para infundirle un miedo cerval. Si estaba allí uno de sus amantes, á él se dirigiría, armaría un escándalo y, de una manera ó de otra, recobraría su dinero.

La víspera había vencido una letra de mil francos, que Armanda firmó con el nombre de Sauvairé. Tenía la vieja un pretexto y no quiso esperar más. Presentóse en el momento en que allí estaban Mario y el ganapán enriquecido.

Muy turbada estaba Armanda aproximándose á la usurera.

Llevóla á un gabinetito separado del salón tan sólo por un delgado tabique. Le presentó un asiento.

Rehusó la Mercier, gritando:

—¿Pensáis burlaros de mí, mi buena señora?... ¡Otra letra que vuelve sin ser pagada!... ya estoy harta, ya no puedo más.

—¡No tan alto, os suplico!—dijo Armanda.—Concededme unos días. Hay genia.

—¿Y á mí, qué? Quiero que me paguéis en el acto, exijo mi dinero, ó iréis conmigo á donde no os convenga. Ya sabéis donde.

—No comprendo.

—¿No comprendéis? Sois una ladrona, una estafadora.

—¡Fuera de mi casa! ¡Fuera al instante!

—No me iré: quiero que me paguéis.

—No tengo dinero.

—¡Bueno! ¡venga el mobiliario, vengan los vestidos! Pero no: más vale hacerlos encerrar en una cárcel. Os acusaré de falsi... vamos á ver si entre los carceleros encontraréis amantes que os paguen trajes de seda y comidas regaladas. Tengo en mi poder más de diez letras con firmas falsas, firmas imitadas de vuestros queridos. Iré á ver á esos caballeros, y les diré la buena pieza que sois. Moriréis en el arroyo.

Respiró con fuerza, pues le faltaba el aliento, mientras la joven pensaba en ahogarla para hacerla callar.

—¡Mira! en efecto,—prosiguió,—tenéis visitas, tal vez en el salón haya uno de esos señores, de cuyo nombre os habéis valido para acuñar moneda... Voy á ver. Es preciso que yo sepa... Dejadme pasar.

Se dirigió hacia la puerta, Armanda la cerró el paso, alargando los brazos, preparada á pegarla si avanzaba.

—Queréis pegarme á mí, que os he alimentado, que os he prestado mi pobre dinero,—baluceó la fiadora ahogada de cólera.

Retrocedió gritando:

—¡Socorro! ¡socorro!

Volvióse Armanda con rapidez para dar una vuelta á la llave, pero era tarde. La puerta acababa de abrirse, y se encontró frente á Mario y á Sauvairé, que miraban la escena, inquietos y curiosos.



## IV

**En que pruébase que el oficio de cortesana tiene sus pequeños inconvenientes**

Sauvaire y Mario habían quedado casi media hora solos en el salón. Hubiese querido el joven retirarse, pero creyó faltar marchándose sin despedirse de la dueña de la casa. Fingía escuchar las historias del maestro ganapán.

No tardaron en oír voces. Poco á poco, creció tanto el ruido, que los dos escucharon, pues era imposible hacerse los sordos. Entonces el grito: ¡Socorro! ¡socorro! les hizo ponerse en pie y abrir la puerta, que daba al gabinete.

Aguardábase un extraño espectáculo. A su aparición, Armanda retrocedió vacilando y cayó en un diván. Con la cabeza entre las manos prorrumplía en sollozos, anonadada, sin querer levantar la frente ni pronunciar una palabra. La fiadora, enojada, con el rostro inflamado, acercóse á los dos hombres, y púsose á hablarles con rabiosa volubilidad. Interrumpiase de vez en cuando para volverse y enseñar el puño cerrado á Armanda, la cual parecía no oírla siquiera, convulsa por la desesperación que sacudía todo su cuerpo.

—¿Lo habéis visto?—repetía la vieja.—Quería pegarme, me ha levantado la mano. ¡Canalla!... Figuráos, mis buenos señores, que he dado todo mi dinero á esta mala mujer, porque me gusta hacer favores. Me hizo descontar letras firmadas por personas honradas; creía estar segura

de no perder nada, y hoy me entero de que las letras son falsas y que fui indignamente robada. ¿Qué habréis hecho en mi lugar? La reconvine por su indigna conducta. Entonces me amenazó.

Sauvaire abrió unos ojos tamaños. Ora miraba á Armanda abatida, ora á la usurera irritada.

Acercóse á la joven, diciendo:

—Vamos, querida, defiéndete. Esa mujer miente, ¿no es cierto? No has hecho tales necedades... ¡Habla pues! Armanda no se movió y siguió sollozando.

—¡No hablará, no; no se defenderá! Sabe que tengo las pruebas. Mañana escribiré al procurador del rey.

Mario miraba á Armanda con compasión.

—¿Por qué queréis perderla?—preguntó á la vieja.—No por eso cobraréis más pronto. Deberíais abrirle camino para que pudiese reembolsaros lo vuestro.

—¡No, no!—respondió.—¡A la cárcel! Demasiado esperaré. Ayer mismo no pagó una letra de mil francos, pagaderos en su domicilio. Firmó con el nombre de Sauvaire, sin duda un amante suyo.

El maestro, al oírse nombrar, dió un brinco.

—¿Decís que tenéis una letra de mil francos firmada por Sauvaire?—preguntó.

—Sí, señor.

—Haced el favor de enseñármela.

Así lo hizo, y Sauvaire la volvió y revolvió, examinó la letra y quedó confundido.

—¡Caramba!—exclamó;—muy bien imitada.

Luego dijo á Armanda secamente:

—¡Nada de tonterías, querida! Yo no pagaré nunca eso, ¿sabéis? Si fuesen cien francos os los daría, pero mil, es demasiado.

—Tengo otras,—dijo la Mercier;—firmadas con diferentes nombres... Sin embargo, si me pagaran ésta, callaría... Esperaría aún.

Las sensatas palabras de Mario le habían hecho comprender que más valía no dirigirse á la autoridad. Esperaba hacer pagar á Sauvaire, y cambió repentinamente de tono, tratando de excusar á Armanda.

—No sé,—dijo,—á punto fijo si las otras letras son fal-



sas también. Se ha encontrado en grandes apuros, pero, en el fondo, es una buena persona.

Se echó á llorar.

Mario sonrió.

Sauvaire recorría el gabinete agitado, refunfuñando. En él combatían el egoísmo y la generosidad,

Venció el primero.

—No,—dijo,—no puedo dar nada.

Mario intervino.

—Señor,—dijo,—es preciso salvar á esa mujer desesperada. Vos la amábais: no la abandonaréis en un trance tan cruel.

—Sí, la amaba,—replicó Sauvaire;—bastante lo he probado en estos tres meses. ¿Sabéis que con ella he gastado más de mil francos? Ya no quiero dar más. Que se arregle como pueda. Serían mil francos tirados á la calle. ¿Qué voy á sacar si le doy ese dinero?

—Habréis hecho una buena acción. Creo adivinar la causa que la obligó á cometer esa vergonzosa acción, y pudiera defender su causa.

—Todo eso para mí es música celestial. No quiero tomar parte alguna en este enojoso asunto.

Recordó Mario lo que había dicho Josefina acerca de la vanidad del maestro, y prosiguió:

—No hablemos más. Os he dicho tales cosas porque sabía que sois muy rico y generoso... Algún día se sabrá vuestra bella acción, y más de mil francos hubieran valido los elogios que os habrían tributado.

—¿Lo creéis así?—preguntó Sauvaire vacilando.

—Estoy seguro de ello. Pocos hombres serían capaces de tal desprendimiento: sería épico salvar á esa pobre mujer... Pero no insisto más.

Detúvose Sauvaire en su paseo, y se puso á reflexionar.

—¡Buena!—dijo,—mañana por la noche os traeré los mil francos. Retiráos ahora, señora.

La fiadora se fué con aire humilde, cerrando las puertas sin ruido.

Cuando estuvieron solos, Armanda trató de arrodillarse delante de los dos hombres.

La detuvo el joven y Sauvaire le decía:

—¡Vamos, queridal esto se acabó. Admito vuestro agraci-

decimiento y deseo que mi beneficio os sea provechoso.

Sauvaire, sin embargo, había renunciado á la cortesana: desvanecida la ilusión, resolvió dirigirse desde entonces á las modistillas.

Sauvaire, la noche siguiente, fué á buscar á Mario para ir con él á casa de la Mercier. Subieron al tercer piso y llamaron inútilmente. Salió una vecina y les dijo que la malvada vieja había sido arrestada por la mañana.

—Hacia ya días,—prosiguió la mujer,—que la policía la vigilaba. Parece ser que fué presentada una queja. Todos los inquilinos estamos satisfechos con que la hayan encajeterado. Apenas tuvo tiempo de quemar los papeles que la comprometían.

Mario comprendió que la suerte acababa de librar á Armanda. Interrogó á los vecinos y adquirió la seguridad de que la fiadora había quemado las letras suscritas por Armanda, para que no constituyeran un cargo contra ella, pues no dudaba que la cortesana, viéndose comprometida, daría pormenores funestos.

Mucho se alegró Sauvaire. Había podido ostentar generosidad sin soltar un cuarto: todo era beneficio.

—Sois testigo de que iba á dar él dinero,—dijo á Mario.

Este corrió á casa de Armanda para participarle la noticia. Al saber que ya nada había que temer de la mala bruja, Armanda quedó transfigurada. Juró que la lección sería provechosa y que iba á mudar de vida.

—Trabajaré,—dijo;—seré una mujer honrada... Entonces quiero que me devolváis vuestra amistad, y sólo entonces... ¡Adiós! ¡hasta más ver!

Mario la dejó conmovida. Estando ya solo, sintió remordimiento, porque en dos días no se había ocupado de su hermano.

No se atrevió á referir á Josefina las tristes escenas que había presenciado; díjole únicamente que no había que pensar en pedir préstamos á Sauvaire y que Armanda ya no recibía visitas.

—¿A qué puerta vais á llamar, pues?—preguntó la ramilletera.

—No sé, pero tengo un proyecto que voy á realizar.